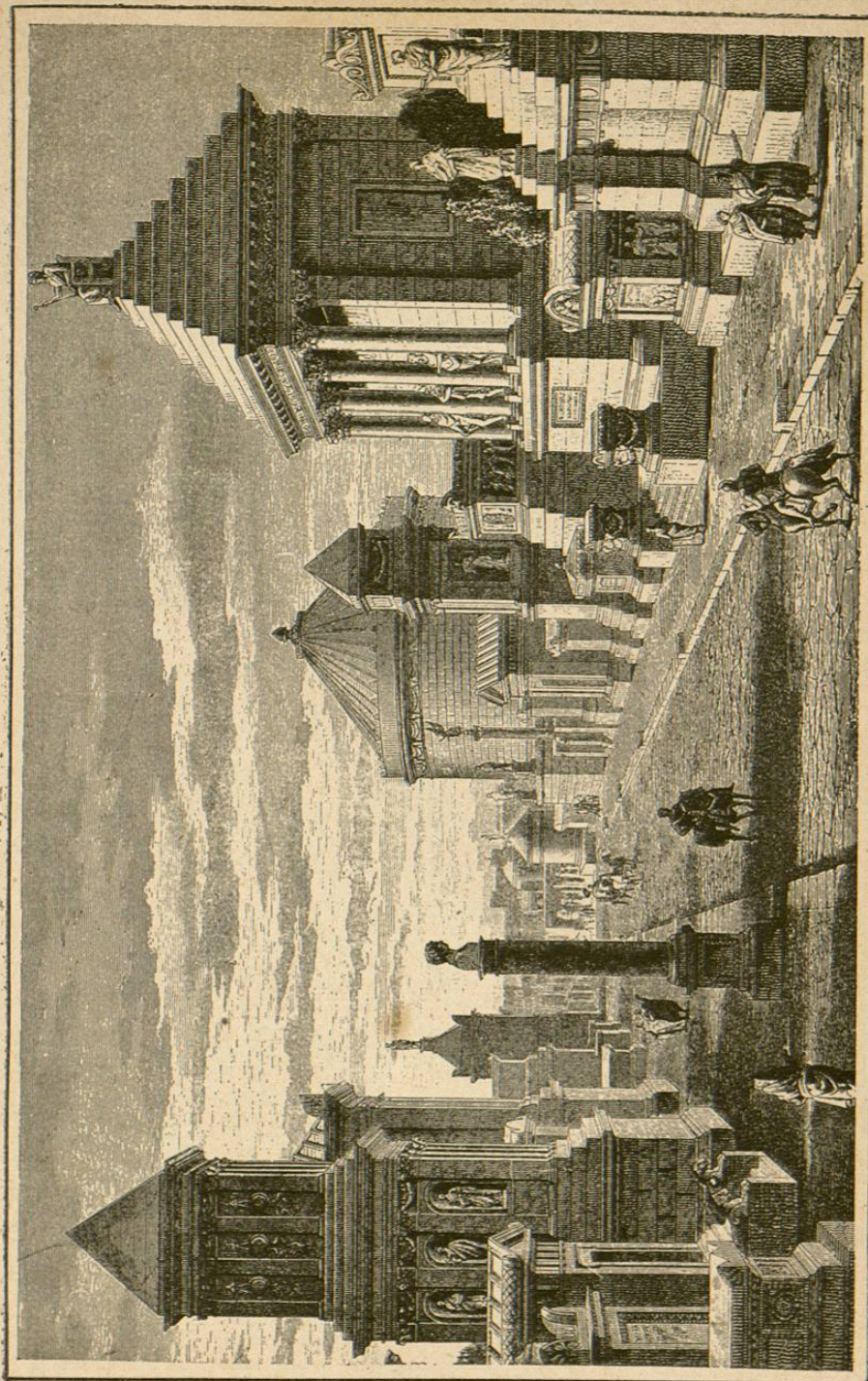


con aire amenazador, la barba y la cabellera en desorden, la voz siniestra, seguidos por gréculos y por judíos que los acompañaban á todas partes y se ofrecían á morir, y sobre todo á matar, por ellos. Inmediatamente que se formaba una facción de tal género, formábase otra contraria y opuesta. Ellos habían de luchar por todo y por todos: por la política, por la moda, por los actores, por los cónsules, por los poetas, por los retóricos. El caso era combatir sin saber á quién y sin saber por qué. La calumnia, el secuestro, el incendio, el asesinato, el exterminio entraban como factores principales en este desorden universal. Clodio había dado pan y circo á la ciudad, impedido á la magistratura su tradicional privilegio de interrumpir los comicios con señales religiosas, limitado el derecho de los censores contra los ciudadanos de malas costumbres, reunido una especie de milicia peor que la milicia de Catilina en torno suyo, tolerado á las muchedumbres el derecho de reunirse y asociarse por las encrucijadas al aire libre, propuesto el privilegio de ciudadanía para los libertos y aun para los esclavos y ofrecido prerrogativas á los reyes extraños, como si la demagogia fuese una religión y el demagogo un dios.

— Acompañábanle mucho en todo esto Fulvia y Clodia — dijo Pola sosteniendo lo dicho por Lucano. — Ellas tenían salones políticos y literarios. En las largas filas de sepulcros, levantados paralelamente á los sendos bordes de la vía Apia, paseaban las hermosuras del tiempo y se distinguían en estos paseos las mujeres de Clodio. El afecto cariñoso á sus hermanas en éste había llegado á extremos tales, que lo acusaban las gentes de incesto. Fulvia y Clodia parecían unas verdaderas bacantes. Sus excursiones á la vecina riente Albano, donde se levantaba el templo de Diana nemorense, á orillas del lago Nemi, constituían una especie de procesión entre religiosa y mundana, capaz de recordar las antiguas festividades babilónicas. Colgaban de las ramas exvotos recordatorios de sus voluptuosidades. Encendían por las noches antorchas sacras, destinadas á poner en fuga los pájaros nocturnos, y convertían la pradera en lechos de su prostitución, inventando toda suerte de refinamientos para excitar las sensaciones y recrudecer los placeres. No había extravagancia que aquellas mujeres no idearan ni aventura que aquellas mujeres no corrieran. Un día, seguramente para di-



Calle de los sepulcros en la vía Apia (Roma antigua)

vertirlas y demostrarlas adónde podían llegar las calaveradas, propúsose Clodio nada menos que profanar el tálamo de un pontífice máximo como Julio César, penetrando en la parte de habitación reservada por el rito á su mujer y defendida por las leyes con apercebimientos cuyo criminal olvido llevaba en sí aparejadas penas horribles. Celebrábase la fiesta consagrada por los romanos en varios días á la buena diosa. Esta festividad litúrgica no podía celebrarse jamás en los ritos tradicionales sino por mujeres. Tomábanse, para que los cánones religiosos no quedaran incumplimentados, las mayores precauciones en todas partes y con especialidad en casa de los pontífices. A mayor abundamiento, César, el pontífice máximo á la sazón, como ya hemos recordado, tenía junto á la mujer propia la madre de ésta, la suegra, que velaba por el honor de su hija con profunda vigilancia. Imposible saltar las vallas de una liturgia tan rigurosa, desobedecer el imperio de una voluntad como la voluntad cesárea, burlar la vigilancia de una suegra que nunca se dormía. Pues á todo se atrevió Clodio. Disfrazado con el traje de una tañedora de cítara, entró hasta el gineceo prohibido á los profanos. Por su mal, bien pronto lo reconocieron. Al reconocerlo, el pudor y la fe de las mujeres, heridas al desacato, armaron un verdadero escándalo, cual si hubiese ardido el palacio pontificio. La suegra de César, en su ira de vieja devota, quiso arrancar los ojos al fementido joven, que osaba profanar el santuario de un pontífice y desconocer el imperio de las leyes religiosas. Clodio tuvo que refugiarse, aturdido, en el cuarto de una esclava. Enterada Roma, todos los adictos á las viejas tradiciones pidieron la pena de tan criminal audacia; mas todos los innovadores se rieron del hecho y celebraron la calaverada. El tribunal se reunió, sin embargo, á juzgarlo, y Clodio, para eximirse á la pena, tuvo que darles parte de su fortuna y aun hay quien dice que parte de sus mujeres. A tal estado de corrupción llegó Roma en estos tristísimos tiempos.

— Tal aventurero — añadió Séneca — protegían los dos amos de la ciudad. A sus caprichos, á sus venganzas, ¡parece imposible!, sacrificaron el mismo Cicerón. Pero Clodio, inquieto, después de haber conseguido su ruidosísima victoria sobre aquel gran orador de la República, se atrevió á mayores y se indispuso con Pompeyo. El

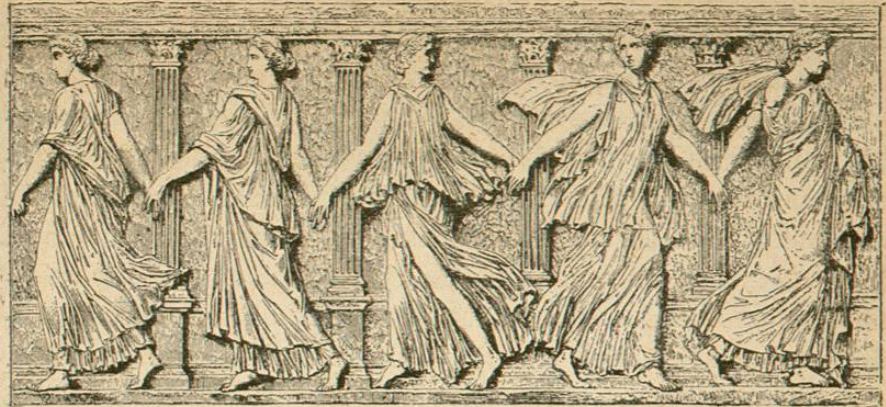
demagogo romano caricaturaba los gestos, los dichos, los actos de César. Y como éste mezclara de continuo las cuestiones exteriores de Roma con las cuestiones interiores, hacía lo mismo Clodio. Tomó, pues, á empeño la libertad de un rey armenio, cautivo en la prisión mamertina. Nególa Pompeyo, y desde tal punto no quiso perdonarlo Clodio. Así le armó al general toda clase de tumultos. Habíase por tal suerte dilatado la demagogia en Roma, que cada hogar de los grandes ciudadanos parecía una sitiada fortaleza y cada jardín un campo de continuos combates. No se respetaba ni la misma casa de Catón el austero, tenida por todos como sacro santuario del honor y del nombre romano. Mil veces se veían en la necesidad imprescindible de reunir sus clientes y sus esclavos contra los esclavos y los clientes de Clodio. Imaginaos en el ajuar de las calles romanas, teñidas con el reverbeo siniestro de todas las cóleras por las pasiones de una demagogia sin freno, cuánto haría Clodio en daño de Pompeyo. Hay quien dice que intentó matarlo. Pompeyo no ideó desquite mayor que traerse á Roma Cicerón. Y efectivamente, la presencia del orador, odioso á su persona y á toda su familia, desconcertaba la demagogia de Clodio, tantas veces herida por las frases fulminantes que lanzaba la tribuna de los Rostros. Fulvia y Clodia, dos musas del demagogo, su mujer la una, su hermana la otra, soplaban nuevas y más encendidas cóleras con sus labios de rosa en aquel espíritu de grandes tempestades. A Clodio no se le ocurrió por el pronto más que burlarse de Cicerón y de Pompeyo en el teatro. Cicerón volvió, pues, y su presencia irritó más y más á las dos mujeres, por ende al demagogo. Necesitó un general como Pompeyo suscitar á su enemigo un aventurero como el que ha pasado á la historia, por virtud de la elocuencia ciceroniana, con el célebre nombre de Milón. Éste reunió gréculos de los que manejaban con destreza el puñal, judíos de los que servían para espiar y corromper á todo el mundo, libertos verdaderamente libertinos, esclavos tracios de una fuerza inmensa, gladiadores tan fáciles en morir como en matar, y todos se congregaron á una contra Clodio y le persiguieron de muerte. La rudeza y crueldad, propias de las guerras civiles, consentían que un hombre como Cicerón señalase á su amigo el pecho de su enemigo y aun mezclara los arúspices y los auspicios en estas viles ven-

ganzas. El gran orador llegó á decir que Clodio era una víctima destinada en designios superiores al puñal de Milón. En efecto, encontráronse una tarde los dos rivales en la vía Apia y se arremetieron sin piedad. El combate parecía una fiesta de gladiadores, según lo contemplaban desde sus literas las damas y desde sus monumentos y sepulcros tendidos en aquellos sublimes sitios la indiferente plebe. Clodio salió herido de la refriega é intentó huir al golpe último y á la muerte segura. Mas, dispersos los que le acompañaban y sostenían, Milón expidió varios de sus bravos á perseguirlo y rematarlo. En efecto, sin piedad alguna le cosieron á puñaladas y le dejaron exánime sobre aquel ensangrentado suelo. Fulvia se lanzó desalada sobre su cuerpo en cuanto supo la noticia de su muerte. Jamás el dolor tuvo gritos tan agudos ni palabras tan horribles. Aquella mujer parecía una imagen de la venganza. Destrozado el traje, descompuesta la faz, espumosos los labios, relampagueantes los ojos, destrenzada la cabellera, ya besaba el frío cadáver, ya metía las manos en los surcos de sus hondas heridas para rociar con aquella sangre, como con agua litúrgica, sus partidarios é impelerlos al desquite; ya golpeaba la tierra pidiendo tener un mismo sepulcro junto al hombre con quien había tenido un mismo tálamo; ya pronunciaba terribles arengas inspiradas por la rabia más ciega é impulsoras del más vergonzoso desquite. Por tal suerte irritó al pueblo su irritación, que las turbas, movidas á la presencia suya, encendieron teas y quemaron el Senado. Pero Fulvia juró por los manes de Claudio que había de pagárselas irremisiblemente Cicerón. Y éste, conociendo la inquina que Fulvia le profesaba, mantúvola con frases terribles y alusiones sangrientas toda la vida, sin presentir cómo debía traerle al cabo la muerte.

Cuando estaban los filósofos y poetas en tal conversación anunciáronles que comenzaba el banquete y tuvieron que dejarla, sin advertir cómo iba labrando una enemiga terrible á Nerón, y tras la enemiga terrible á Nerón un acto político cuyas consecuencias habían de resultar igualmente funestas para todos. Parece imposible que pudiera surgir de unos festejos tan hermosos aquella terrible serie de calamidades, adversas á los que disponían en tal sazón del mundo y que tan alto se encaramaban para precipitarse de cabeza desde las alturas á lo profundo, puesto que nin-

guno de los grandes actores de estas tragedias debía morir de muerte natural en su lecho, destinados todos á morir de muerte violentísima, segados, como por el cierzo de marzo las tempranas flores, segados por las ideas que despertaban ellos mismos y presos en las trampas por ellos mismos tendidas. Conforme se dirigían al sitio del festín, magnas antorchas de bien olientes resinas iluminaban todas aquellas vías, y tritones de plata maciza, movidos por internas maquinarias, levantaban sus cuerpos y despedían aguas perfumadísimas. La tienda imperial, toda de sedas y púrpuras asiáticas; las mesas, maravillosamente puestas; los lechos del festín, sustentados por pies de marfil y oro; los vasos murrinos, las músicas deliciosas, la lluvia de perfumes, las danzas andaluzas, los coros helénicos daban realces de tal género á la fiesta campestre bajo una serenísima noche y entre los efluvios del campo florido y las irradiaciones del cielo estrellado, que parecían la felicidad y el placer confundidos en aquel momento, como llegan á confundirse pocas veces en las realidades tristísimas del mundo. Pero de pronto un contrafuerte de los que retenían las aguas se rompe y cede, inundando de tal manera el sitio de la fiesta, que Claudio y Agripina estaban á punto de ahogarse, no sin que la emperatriz gritase con furor entre ahogo y trago:

—¡La conspiración de Narciso!



## CAPÍTULO XI

### LA ÚLTIMA VICTORIA DE AGRIPINA

Así como se rompieron los diques tras cuya resistencia las aguas reposaban, viniéndose de golpe y porrazo éstas sobre los emperadores y príncipes, rompiéronse los respetos mutuos de unos y otros en aquella corte desgarrada por pasiones contrarias; y se dijeron sus principales personajes cosas que se hubieran callado en el ordinario y corriente discurso de sus vidas. Revolviéronse contra Británico Nerón, y contra Nerón Británico; contra Claudio Séneca, y contra Séneca también Claudio; el republicanísimo Lucano contra la tiranía de todos, y esta tiranía, en sus diversas personificaciones, contra el cantor de la república y de la libertad; Persio contra las costumbres reinantes como buen satírico, y los senadores y los magistrados y los destinados á representar la pública moral contra Persio; pareciéndose aquel inundado espacio á un juicio universal, en que cada uno se apresuraba, temeroso de muerte próxima é irremediable, á decir cuanto callara en vida. Naturalmente, los dos que con mayor intensidad se aborrecían en aquellas espirales de odios eran Agripina y Narciso; por lo cual fueron también los dos que más dardos se dirigieran y con más terrible crueldad se maltrataran. La emperatriz volvió ambas manos y ambos ojos á su marido con aquella magistral acción, tan propia de sus maravillosas condiciones teatrales, para pedirle, delatando con el gesto á